

PRINCIPIOS

COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH

BELLEZA CRUEL

PREMIO DE POESÍA "NUEVA ESPAÑA"



CÍA. GENERAL DE EDICIONES, S. A. MÉXICO

PRINC

ÁNGELA FIGUERA AY MERICH

nació en Bilbao en 1902. Su primer libro de versos, *Mujer de barro*, apareció en Madrid, en 1948. Al año siguiente publicó *Soria pura*, también en Madrid. Pero su primer libro importante, de personalidad ya definida, es *Vencida por el ángel* (Alicante, 1950). En los versos de este libro surge ya la fuerza poética característica de Angela Figuera y, como en otros libros de otros poetas surgidos en ese mismo año, aparece poderosamente, angustiosamente, el tema de España, de la España de hoy. En 1951 publica, con igual tono y tema, *Vispera de la vida*, y al año siguiente gana el Premio Ifach de Poesía con su libro *El grito inútil*. Publica en seguida *Los días duros* (Madrid, 1953), donde se recogen sus tres últimos libros. Desde entonces Angela Figuera aparece en todas las antologías y es colaboradora de las principales revistas literarias de España. Esta mujer admirable, esposa y madre, que trabaja abnegadamente en una biblioteca ambulante, "tiene una gran voz, grave y limpia, quisiera un mundo grave y limpio, un poco como Gabriela Mistral; ambas son maternales, madres en el sentido más amplio, por eso mujeres, nobles, maduras, limpias; pero su mundo es distinto".

3173
15
6

BELLEZA CRUEL

PRINC

[COLECCION IDEAS, LETRAS Y VIDA]

ANGELA FIGUERA AYMERICH

BELLEZA CRUEL

PREMIO DE POESIA "NUEVA ESPAÑA" 1958 DE LA
UNION DE INTELECTUALES ESPANOLESES EN MEXICO

PRINC



[COMPANIA GENERAL DE EDICIONES, S.A. / MEXICO]

DERECHOS RESERVADOS ("D. R.")
© 1958 por la
COMPAÑIA GENERAL DE EDICIONES, S. A.
Río Nazas 55-B. México, D. F.

PRIMERA EDICION
de la Compañía General de Ediciones, S. A.
(Julio de 1958)

PRINC

PALABRAS...

RECAP

IMPRESO Y HECHO EN M
PRINTED AND MADE IN M

173
7575
316

Con estas palabras quiero arrepentirme y desdecirme, Angela Figuera Aymerich... de cosas que uno ha dicho, de versos que uno ha escrito...

Porque yo fui el que dijo al hermano voraz y vengativo, cuando, aquél día, nosotros, los españoles del éxodo y del llanto, salimos al viento y al mar, arrojados de la casa paterna por el último postigo del huerto... Yo fui el que dijo:

*"Hermano... tuya es la hacienda...
la casa, el caballo y la pistola...
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
Y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?"*

Fue éste un triste reparto caprichoso que yo hice, entonces, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergonzado. Yo no me llevé la canción. Nosotros no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción de la tierra, la canción que nace de la tierra, la canción inalienable de la tierra. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos tierra!

Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción.

Nuestro debió haber sido el salmo, el salmo del desierto, que vive sin tierra, bajo el llanto, y que sin gárganos ni raíces se prende, se agarra, anhelante, de la luz y del viento.

Yo hablé también un día del salmo: "El salmo es mío", dije, "el salmo es una joya que les dimos en prenda los poetas a los sacerdotes... y ahora lo rescato, me lo llevó, me lo llevó del templo, me lo llevo en mi garganta rota y desesperada..." Y dije también: "el salmo fugitivo y vagabundo es el lenguaje justo del español del éxodo y del llanto"... Palabras, palabras nada

más. Yo no me llevé el salmo tampoco. Nosotros no nos llevamos el salmo.

Al final todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de un idiota llenas de estrépito y de furia que se perdieron como burbujas de hiel en el vacío... Y nos quedamos luego todos mudos... Los mudos fuimos nosotros... ¡Los desterrados y los mudos!

De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestas, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta injusticia... no brotó el poeta.

Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros, los españoles del éxodo y del viento, asombrados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos...

Esa voz... esas voces... Dámaso, Otero, Celaya, Hierro, Crémer, Nora, de Luis, Angela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción.

LEÓN FELIPE

México, D. F., junio, 1958.

BELLEZA CRUEL

18
671
384

BELLEZA CRUEL

Dadme un espeso corazón de barro,
dadme unos ojos de diamante enjuto,
boca de amianto, congeladas venas,
duras espaldas que acaricie el aire.
Quiero dormir a gusto cada noche.
Quiero cantar a estilo de jilguero.
Quiero vivir y amar sin que me pese
este saber y oír y darme cuenta;
este mirar a diario de hito en hito
todo el revés atroz de la medalla.
Quiero reír al sol sin que me asombre
este existir de balde, sobreviva,
con tanta muerte suelta por las calles.

Quiero cruzar alegre entre la gente
sin que me cause miedo la mirada
de los que labran tierra golpe a golpe,

de los que roen tiempo palmo a palmo,
de los que llenan pozosgota a gota.

Porque es lo cierto que me da vergüenza,
que se me para el pulso y la sonrisa
cuando contemplo el rostro y el vestido
de tantos hombres con el miedo al hombro,
de tantos hombres con el hambre a cuestas,
de tantas frentes con la piel quemada
por la escondida rabia de la sangre..

Porque es lo cierto que me asusta verme
las manos limpias persiguiendo a tontas
mis mariposas de papel o versos.

Porque es lo cierto que empecé cantando
para poner a salvo mis juguetes,
pero ahora estoy aquí mordiendo el polvo,
y me confieso-y pido a los que pasan
que me perdonen pronto tantas cosas.
Que me perdonen esta miel tan dulce
sobre los labios, y el silencio noble
de mis almohadas, y mi Dios tan fácil

y este llorar con arte y preceptiva
penas de quita y pon prefabricadas.

Que me perdonen todos este lujo,
este tremendo lujo de ir hallando
tanta belleza en tierra, mar y cielo,
tanta belleza devorada a solas,
tanta belleza cruel, tanta belleza.

NIÑO CON ROSAS

Sucedió en el recinto de una casa decente.
En el seho de cierta familia
comedida y honesta a través de los años.
Un hogar respetable
todo se hacía de manera discreta
y el sofá de la sala recogía amorosamente
distinguidas visitas
bajo el bello retrato del abuelo ministro.

Nació el niño a su hora.
Correctísimamente.
Con él llanto obligado.
(Quizá un poco más suave de lo que es la cosa.)
Pero todos lo vieron. [tumbre.)
(Se notaba en seguida.)
En vez de ojos, tenía dos magníficas rosas.

Qué cruel desconcierto en la honrada familia.
 Se quedaron atónitos.
 Con un tanto y un cuanto de terror y vergüenza.
 El papá, funcionario, personaje importante,
 era el más afectado.
 Con los brazos en alto hizo malos pronósticos:
 "Esta rara criatura no valdrá para nada.
 No lo entiendo, dos rosas para andar por el mun-
 [do . . ."]

Se olvidaban mirándole, se olvidaban de todo.
 De lavarle y vestirle.
 De ponerle en el pecho.

El seguía llorando por sus rosas. Seguía
 dulcemente llorando.

Fue la madre, la única, ya un poquito repuesta,
 que no hizo aspavientos ni extrañó lo más mí-
 [nimo.
 Tomó al niño en sus brazos, lo meció tierna-
 Le besó las mejillas. [mente.
 Le tocó los cabellos.

Sonrió al funcionario. "No te enfades. No es na-
 Es un niño precioso [da.
 Verá cosas divinas.
 Olerá a primavera.
 Y además siempre es bueno tener rosas en casa."

MIEDO

También yo tendría miedo de los ángeles.
Son demasiado puros para mí.

ERNST WIECHERT

Señor, guarda tus ángeles contigo.
Son demasiado puros para mí. Me dan miedo.
No pesan. No vacilan. Tienen cuerpos sin ham-

[bre,
sin 'fiébre, sin luxuria. Pies que no dejan huella.
Labios sin sed que saben tu palabra.
Sus ojos que no lloran son atroces.
En sus cándidas manos
llevan cálices, palmas, incensarios, coronas,
pavorosas espadas con el filo candente.

Me dan miedo tus ángeles. Los pienso luminio-
[sos.

Terribles de pureza. Crueles de hermosura.
Impávidos, ungidos por suavísima sangre.
Sus alas sobre todo, sus alas, ¿te das cuenta,
Señor que me soldaste los pies a esta montaña,

de cómo me dan miedo sus alas poderosas?
Y Tú, que me humillaste la frente con ceniza,
¿no ves cómo me espantan sus frentes inmorta-

[les?]

Te alabo por tus ángeles, Señor, pero los temo.
Consérvalos contigo. Son tus pájaros, cantan
en tu qido el hosanna de la dicha perfecta.
Te rodean y giran decorando tu gloria.
Movilizan la brisa que perfuma tu trono.
Pero Tú solo puedes contemplarlos sin miedo.
Sólo Tú disciplinas sus magníficas huestes.

Me dan miedo tus ángeles. Si yo encontrara algu-
si un día, al despertarme, [no,
lo viera intacto y fulgido a los pies de mi cama,
yo carne castigada, llorosa podredumbre,
pecado repetido hacia la muerte,
tendría que clavarme las uñas en los ojos.

EL CIELO

Colegas queridísimos, estetas defensores
del pájaro y la rosa y el mundo está bien hecho
etcétera, y cantemos al cielo en primavera
porque es azul y estalla de gracia y poesía,
amigos y enemigos, es cierto, estáis sobrados
de sólidas razones. Seguir vuestro camino
acaso lograría salvarme de estas cosas.

De tantos anatemas comiéndose mis versos.
Pensándolo, es loable. El cielo azul tan lindo.
El cielo bondadoso de Dios y de sus ángeles.
Precioso. Pero, amigos, decidme, por los clavos
de Cristo, por los clavos del hombre, ¿estáis se-
[gueros?

¿Creéis que un bello cielo nos cubre todavía?
¿Aún brilla luminoso sobre el cielo?
¿Y sigue siendo alegre sobre el llanto?
¿Y sigue siendo azul sobre la sangre?

Yo, así, lo cantaría con toda unción. Palabra.
 Con versos bien rimados, para dormir tranquila
 sabiendo que tenía mi puesto asegurado
 en las Antologías del Arte más conspicuo.
 Pero es casi imposible. Pues yo no veo el cielo.
 No acierto a verlo, hermanos, desde hace largas

[fechas.]

Desde hace mucho llanto me falta de los ojos.
 Porque no puede verse vuestro cielo perfecto
 desde un mundo entoldado con las nubes más

[hoscas.]

Y no puede mirarse con la espalda doblada.
 Ni se goza su lumbre con la nuca partida.
 No puede verse el cielo con el pecho quemado
 en la boca del horno,
 ni se ven sus fulgores con los párpados sucios
 del sudor más espeso,
 ni su luz nos alcanza tanteando en las simas
 de las cuencas mineras,
 ni podemos mirarlo retirando las redes
 con la sal en los ojos.
 No es posible encontrarlo a través de la efigie
 coronada de gloria del tirano sangriento,

ni se encuentra en las togas de los negros fiscales
 ni en el frío destello de los sables de gala
 en los bellos desfiles,
 ni durmiendo en la iglesia mientras suenan las
 por los fieles difuntos.

[preces]

No se llega hasta el cielo desde tantas prisiones,
 desde tantos cuarteles con sargentos y piojos,
 desde tantas escuelas con los bancos helados,
 desde tantos lugares con letreros que dicen:
 se prohíbe la entrada.

No puede verse el cielo desde el fondo del cán-
 [cer,
 desde el fondo más hondo del infierno más negro,
 desde el fondo de todos los que están en el fondo,
 los que son tierra sucia que pisáis sin mirarla
 cuando vais extasiados
 por las líricas nubes.

LA ROSA INCOMODA

A esto nada menos hemos llegado, amigos,
a que una fresca rosa nos lastime la mano.

La tengo. Es inaudito. Es realmente una rosa.
Tan bella y delicada:
Oh, demasiado bella y delicada
para llevarla en triunfo por la calle,
para ponerla al lado de un periódico,
para alternar con tanto futbolista
o viajar en las sucias apreturas del metro.

¿No veis? Es tan absurdo. Es casi un compromiso.
No sé qué hacer con ella. [so.
Me nació. Y es tan mía que no puedo dejarla
marchitarse en la sombra de mi alcoba sin lluvia
ni meterla en asfalto

ni atarla en la veleta de cualquier rascacielos
ni echarla por la boca de alguna alcantarilla.

Y no puedo tampoco, tan viva y tan brillante,
prendérme la en el pecho,
igual que si llevara
mi corazón desnudo a los ojos extraños.
No sería decente.

Y menos colocarla en mis cabellos. [gado
(Son ya grises, amigos.) Bastante me he arries-
publicando mis años sin quitar una fecha
y mis largos poemas con la sangre en los bordes.

Lo confieso: me encanta contemplarla a hurtadillas,
tan tierna e inocente como antes de la culpa,
como antes de esta paz y aquella guerra,
como antes de tan lindos sonetos a la rosa.
Tan clara y evidente como en los días santos
cuando las rosas iban con el hombre
sintiéndose seguras,
y el laurel y el olivo prosperaban en casa,
y era cosa admitida

que las aves bajaran a cantar sobre el hombro
de cualquier transeúnte.

Sí, me gusta mirarla. Pero siento vergüenza.
Pero temo encontrarme con cualquier conocido.
¿Cómo estás? Muy bien, gracias. ¿Y esa rosa?
[¿Esa rosa?

13
375
316

SOLO ANTE EL HOMBRE

Sí, yo me inclinaría
ante el definitivo contorno de los lirios.

Sí, yo me extasiaría
con el trino del pájaro.

Sí, yo dilataría
mis ojos ante el mar y la montaña.

Sí, yo suspendería
el soplo de mi pecho ante un arcángel.

Sí, yo me inclinaría
ante la faz de Dios, tocando el polvo,
si con su mano convocara el trueno.

Pero sólo ante el hombre, hijo del hombre.

reo de origen, ciego, maniatado,
los pies clavados y la espalda herida,
sucio de llanto y de sudor, impuro,
comiéndose, gastándose, pecando
setenta veces siete cada día,
sólo ante el hombre me comprendo y mido
mi altura por su altura y reconozco
su sangre por mis venas y le entrego
mi vaso de esperanza, y le bendigo,
y junto a él me pongo y le acompañó:

CASO ACUSATIVO

SI NO HAS MUERTO UN INSTANTE

Todas las mañanas al alba
mi corazón es fusilado en Grecia.

NAZIM HIKMET

Si no has de permitir que tu corazón tierno
trabaje url.cupo diario de horas extraordinarias
para sentirse fusilado en Grecia;
si tu pulida frente no llega a golpearse
contra el hierro y la roca
de una cárcel distante mil o dos mil kilómetros;
si no has caído nunca con la nuca partida
por las balas que silban en un rincón del Asia;
si no has notado nunca que se hielan tus huesos
porque los fugitivos duermen en las cunetas;
si no dejas a veces que tu estómago aúlle [dos;
porque a orillas del Ganges no hay arroz para to-
si no has sentido nunca tus manos desolladas
cuando un hombre concluye su jornada en la
[mina;
si no has agonizado cualquier noche sin sueño
en la sala de un blanco pabellón de incurables;

si tus ojos no crecen
hasta los cuatro puntos de la tierra
para encontrar las vetas del dolor escondido
y aumentar los caudales represados del llanto;
si no has muerto tú mismo solamente un instan-

[te,
una vez tan siquiera, porque sí, porque nada,
porque todo, por eso: porque el hombre se mueve
entonces no prosigas. Al hoyo, y acabado, [re]

LIBERTAD

Crecieron así seres de manos atadas.

EMPÉDOCLES

A tiro's nos dijeron: cruz y rayá.
En cruz estamos: Raya. Tachadura:
Borrón y eárcel hueva. Punto en bocá.

Si observas la conducta cònveniente,
pôdrás decir palabras permitidas:
Invierno, luz, hispanidad, sombrero.
(Si se técae la lengua de vergüenza;
te cuélgas un cañel que diga "mudo",
tiendes la mano y juntas calderilla.)

Sí calzas los zapatos segúrn normá,
también podrás cruzar a la otra acera
buscando el sol o un techo que te abrigue.

Pagando tus impuestos puntualmente,
podrás ir al tallér o a la oficina,

quemarte las pestañas y las uñas,
partirte el pecho y alcanzar la gloria.

También tendrás honestas diversiones.
El paso de un entierro, una película
de las debidamente autorizadas,
futbol del bueno, un vaño de cerveza,
bonitas emisiones en la radio
y misa por la tarde los domingos.

Pero no pienses “libertad”, no digas,
no escribas “libertad”, nunca consientas
que se te asome al blanco de los ojos,
ni exhale su olorcillo por tus ropas,
ni se te prenda a un rizo del cabello.

Y, sobre todo, amigo, al acostarte,
no escondas “libertad” bajo tu almohada
por yes si sueñas con mejores días.
No sea que una noche te incorpores
sonambulando “libertad”, y olvides,
y salgas a gritarla por las calles,
descerrajando puertas y ventanas,

matando los serenos y los gatos,
rompiendo los faroles y las fuentes,
y el sueño de los justos, porque entonces,
punto final, hermano, y Dios te ayude.

GUERRA

Soy madre de los muertos,
de los que matan madre,

CARMEN CONDE

Lo supe siémpre. Al percibir la vida
doblarsem e n el seno, al golpearme
un pulso repetido por las venas,
lo supe: concebía hacia la muerte.
El Ótro, aquél que hallé en el Páráiso,
aquél a quien fui dada el primer día,
dormía en paz ceñido a mi costado.

Ajenó a mí pásion no interpretaba
mi vientre herido ni mi paso lento;
ni preguntó jamás por qué mis ojos
incremaban su terroso oscuro
bajo la luz de sucesivos soles.

Dos veces fui llenada de misterio.
Caín crujía en mí. Me trituraba:
Con su sabor agriaba mi saliva.
Abel me fue muy dulce. Como el zumo

de los maduros higos en verano,
se diluía en mí, sabía suave.
Jamás dobló su peso mis rodillas.

Los vi nacer. Menudos, desarmados.
Pero en su carne yo leía: muerte.
Los vi crecer unidos. Madurarse,
Pero en sus ojos yo leía: crimen.

Los vi llegar al borde de la sima,
al límite del rayo y la tragedia.
Y, desde el fondo de mi sexo en ascuas,
clamaba a Dios, clamaba sin remedio:
¿No son hermanos, di, no son hermanos,
hechos de mí los dos hasta las uñas?

Caín y Abel, los dos un solo fruto,
colgándose del pecho, una caricia
idéntica al tocarles el cabello.
Los dos una cuchilla en mi garganta,
clavándose y doliendo día y noche.

Doliéndome la impávida belleza

de Abel, su rubia gracia conseguida.
Entre las mansas bestias, él, mansísimo.

Doliéndome Caín, aprisionado
entre cortezas ásperas, curtiendo
la mano destinada para el golpe.

Si yo hubiera podido revertirlos
de nuevo a mí. Fundirlos. Confundirlos.
¿Por qué, Señor, los quieres desiguales;
distintos en tu herencia y en tu gracia?
Yo los haría en mí. Yo los daría
de nuevo a luz. Caín tendría entonces
el alma azul, los ojos inocentes
de Abel apacentando sus corderos.
Abel ofrecería sacrificios
con manos de Caín sucias de tierra
y una ligera sombra de pecado
haría más humana su sonrisa.

Mas nada pude hacer. Surgió la muerte.
Clamé hacia Dios. Clamé. Pero fue en vano.
Caín y Abel parí. Parí la GUERRA.

115
7575
316

BALANCE

Es hora de echar cuentas. Retiraos.
Dejad ese bullicio del paseo,
la mesa del café, la santa misa,
y el bello editorial de los periódicos.
Entrad en vuestra alcoba. Echad la llave.
Quitaos la corbata y la careta,
iluminad el fondo del espejo,
guardad el corazón en la mesilla,
abriros las pupilas y el costado.
Poneos a echar cuentas, hijos míos.

Tú, invicto general de espuela y puro,
echa tus cuentas bien, echa tus cuentas.
Toma tus muertos uno a uno, ciento
a ciento, mil a mil, cárgalos todos
sobre tus hombros y desfila al paso
delante de sus madres.

Y tú, ministro, gran collar, gran banda de tal y cual, revisa, echa tus cuentas.
Saca tu amada patria del bolsillo como un pañuelo sucio sin esquinas.
Extiéndelo y sonríe a los fotógrafos.

Y tú, vientre redondo, diente astuto, devorador del oro y de la plata, señor de las finanzas siderales, echa tus cuentas bien, echa tus cuentas, púrgate el intestino de guarismos y sal si puedes que te dé la lluvia.

Tú, gordo y patriarcal terrateniente esquilador de ovejas y labriegos. Tú, cómitre del tajo y la galera, azuzador de brazos productivos. Tú, araña del negocio. Tú, pirata del mostrador. Y tú, ganzúa ilustre de altos empleos, ávida ventosa

sobre la piel más débil, echa cuentas, medita y examíname las uñas:

Y tú, señora mía y de tu casa, asidua del sermón y la película, tú, probo juez de veinte años y un día, tú, activo funcionario de once a doce, y tú, muchacha linda en el paseo; tú, chico de familia distinguida que estudias con los Padres y no pecas. Y tú, poeta lírico y estético, gran bebedor de vino y plenilunios, incubador de huevos de abubilla en los escaparates fluorescentes, sumad, restad, haced vuestro balance, no os coja el inventario de sorpresa.

Tú no, pueblo de España escarnecido, clamor amordazado, espalda rota, sudor barato, despreciada sangre, tú no eches cuentas, tienes muchas cifras de saldo a tu favor. Allá en tu día, perdónanos a todos nuestras deudas,

perdóname a todos en tu nombre
y hágase al fin tu voluntad
así en España
como en el cielo.

ETCETERA

El padre trabajaba en la mina.
La madre trabajaba por las casas.
El chico andaba por la calle
aprendiendo buena conducta.

Al filo de la noche los tres juntos
alrededor del jarro y de la sopa.
El padre en su legítimo derecho,
tomaba para sí la mejor parte.
La madre daba al chico de lo suyo.
El chico lo sorbía y terminaba
pidiendo chocolate o mandarinas.
El padre le pegaba cuatro gritos
(siempre bebía al fin más de la cuenta)
y luego echaba pestes del gobierno
y luego se acostaba con las botas.
El chico se dormía sobre el codo.

La madre lo acostaba a pescozones
y luego abría el grifo y renegaba,
qué vida, Dios, fregando los cacharros,
y luego echaba pestes del marido
y luego le lavaba la camisa
y luego se acostaba como es justo.

Muy de mañana al día siguiente
el padre bajaba a los pozos,
la madre subía a las casas,
el chico salía a la calle.
Etcétera, etcétera, etcétera.

(No sé por qué empecé a contarla.
Es una historia fastidiosa
y todos saben como acaba.)

CARTA ABIERTA

Jesús de Nazaret. (Dios Hijo.)

Cielo.

Perdona que te escriba. De seguro
no harás cuenta de mí. Soy poca cosa.
Segundo López Sánchez, carpintero,
casado, con mujer y cinco hijos.
Trabajo en un taller. (Y las chapuzas.)
Soy uno de tus pobres.. Pero ocurre
que ya no tengo fuerzas ni paciencia.
Señor, que es mucha bregá y poco trago.
Señor, mejor que bajes y lo veas.
Yo soy de pocas letras; mas decían
que fuiste del oficio cuando mozo.
No sé cómo andaría en aquel tiempo
lo de vivir del tajo y ser un pobre,

pero lo que es ahora es un milagro mayor que el de los panes y los peces poner algo en la mesa y repartirlo para que llegue a todos. Haz la prueba. Ven a carpintear entre nosotros y vive del jornal. Sudarás sangre como en el huerto. Y sal por los caminos y ponte a predicar como solías contra los fariseos, y repite aquello de los ricos y la aguja, y echa a los mercaderes de la iglesia, y a ver qué pasa. Y resucita a un muerto de los prohibidos, y habla del reparto y di que den lo suyo a quien lo gana. Si no te crucifican como entonces es porque ahora, apenas se abre el pico te hacen callar. Bonita está la cosa. Señor, ven a ayudarnos, por tu Madre. Que no digan ni Cristo lo remedia. Que no somos tan malos como dicen. Pero es ya mucho machacar el hierro. Luego se pone al rojo y se arma una,

y, en fin, no canso más, tú te harás cargo. De obrero a obrero te lo pido y firmo:
Tu humilde servidor,

Segundo López.

LA JUSTICIA DE LOS ANGELES

9118
7576
316

1

Se llamaba Alejandra como cualquier duquesa.
La blancura nacía de sus manos quemadas.
Laborando inmundicia, recreaba la nieve.

Se llamaba Alejandra, no era nada ni nadie.
Una brizna existiendo porque sí, a contravida.
Acaso una inconsciente potencia redentora,
sobre el gran lienzo sucio del mundo que la he-
ría.

No era nada, lavaba.
No era nadie, lavaba.
En invierno y verano,
con las manos fraguadas en morado gránizo,
con las manos hinchadas como espinja podrida
día a día en verano y en invierno lavaba..

Esto sólo. Una vieja. Un menudo esqueleto con la carne precisa para andar entre vivos, con sus ojos azules desteñidos al paso de muchísimas lágrimas tan antiguas que apenas recordaba su fuente. Tantos años y tanta soledad, tan oscura, tan espesa maleza rodeaba sus hombros. (Vagamente, muy lejos, quizá un grito de infan-

[cia,

quizá un hombre, un perfume de verano, unos unos hijos logrados y perdidos a ciegas.) [besos,

Ahora nada. Una vieja que lavaba y tendía sin saber como el agua que arrastraba lo impuro le llegaba corriendo desde el musgo y la roca. Sin saber como el sol que bajaba a ayudarla era alquimia de toda la belleza viviente.

Al cabo terminó. Ya no lavaba. Tranquila descansaba entre vecinas que, en pura caridad, la amortajaron. El municipio la enterró a su costa y echó barro común sobre su tumba

donde por nadie se escribió su nombre, su claro y bello nombre de duquesa.

Pero eso no tenía ya importancia porque ángeles solícitos alzaron sobre la espuma y el añil celestes el alma de la vieja lavandera al más bello rincón del Paraíso. Allí sus dedos renacidos tocan aguas lustrales, florecidas varas. Allí sus manos jubilosas peinan las dulces cabelleras de las vírgenes, las túnicas angélicas alisan y hasta se atreven a rozar, amantes; los más puros vellones del Cordero.

2

Canto a la Madre de Familia
tan mujer de su casa la pobre,
tan gris por todos lados;
tan oveja por dentro
aunque suela gritar con los chiquillos.

Canto a sus manos suaves de lejía
 los lunes y los martes,
 los miércoles y jueves picadas por la aguja,
 quemadas cada viernes por la plancha,
 ungidas por el ajo y la cebolla.

(El sábado es un día extraordinario:
 limpieza de cocina, compra doble,
 y hacia las seis, barniz sobre las uñas
 para salir a un cine baratito
 del brazo del esposo.)

Canto a la madre de familia
 a las ocho de la mañana
 distribuyendo cautamente
 la leche azul del desayuno
 en los tazones de asa rota.

(Para Juanín que tanto crece
 hay que poner la mejor parte.)

Canto a la madre de familia
 que era tan linda hace quince años,
 que ahora se ríe (un poco triste)
 con los consejos de belleza.

Dedique usted todos los días
 un cuarto de hora a su cabello.)

Canto a la madre de familia
 que suma y suma equivocándose,
 cincuenta y siete y llevo cinco...
 porque se han ido veinte duros
 y sin pagar al carbonero.

Canto a la madre de familia
 que al acostarse por la noche
 nunca termina su rosario.
 (Lolita sigue tan flacucha,
 Juanito tuvo malas notas,
 el nene va lo que se dice
 con el culito al aire.)

Canto a la madre de familia
 cuando se duerme tan cansada
 que un ángel blanco y bondadoso
 baja en secreto y la conforta.

3

Era un señor tan importante
que se murió con cuatro médicos
(no le sirvió la aureomicina),
dos enfermeras diplomadas
y al terminar cura y notario.
Tan condecoradísimo,
que no cupieron en su pecho
todas sus cruces y medallas.
Ver el entierro daba gloria,
iban ministros, generales,
y hasta un obispo consagrado.
Se detuvieron los tranvías
(bien es verdad que los viajeros
se consolaron del retraso
viendo pasar tantas coronas).

El mismo día fue enterrada
una mujer llamada Petra.
Se la comieron nueve hijos
todos espúrios, pues la pobre
nunca pasó por la parroquia.

Vivió veinte años en pecado,
en hambre, en sed, en alpargatas.
Pero una tarde en primavera
cerró los ojos dulcemente
y presentó la dimisión
alegando tuberculosis.
Era una muerta tan barata
que sólo el viento y los cipreses
le murmuraron un responso.

Pero en aquella misma noche
tuvo lugár tan gran portento,
que cosa igual no recordaban
ni los difuntos más antiguos.
Un coro de ángeles menudos
de alas traviesas se posaron
sobre la tumba del ilustre.
Hubo un revuelo alborotado
una aromada trayectoria
de rosas, nardos y claveles,
y el sucio barro que pesaba
sobre los huesos de la Petra
amaneció lleno de flores.

y 4

Tenía doce años. Era un golfo.
Su vida fue vulgar y edificante.

Nació un buen día, como tanta gente,
sin propia decisión ni regocijo.
Acaso oyó decir que su venida
no hacía malditísima la falta,
pero él nació, no tuvo otro remedio.

Creció muy poco a poco, debilucho.
Bien es verdad que el pecho de su madre
no daba más. Así sucede
cuando una es flaca y pobre y ha parido
lo menos siete veces en diez años.

Su educación fue doble y esmerada.
La madre prodigábale sus gritos
hijo de tal, ladrón y todo eso,
haciéndole pronósticos fatales.
(El día que peor era el condumio,
peor solían ser las profecías

poniéndole a dos pasos de la horca;)
El padre, con más vino que confianza
en el método usado, , ,
le administraba golpes y consejos
en días laborables
con cupo extraordinario los domingos.

Alguna que otra vez pisó la escuela.
Le resultó tremadamente inútil.
Jamás logró aprender los reyes godos,
ni los ríos de América,
ni recitar con dulce sonsonete
las bienaventuranzas tan bonitas.
Si cantaban la tabla,
se armaba un lío más allá del cinco.

Tampoco entendió nada de la vida
aunque veía en ella muchas cosas
que le aplastaban, duras, las espaldas
y se metían, negras, por sus ojos:

Tenía sólo un don, o acaso ciencia.
Juraba y blasfemaba como nadie:

Usaba un asombroso repertorio
de palabras atroces,
de insultos que, al saltarle de la boca,
le hacían disfrutar a lo terrible
como si le aumentara la estatura,
como si se bebiera un fuerte vino,
como si apuñalara tierra y cielo.

Ya dije que tenía doce años.
Ya dije que era un golfo y blasfemaba.
Y un día se murió de cualquier modo,
sin más ni más, lo mismo que naciera.
Murió en olor de mugre y golfería.
Murió de alguna enfermedad muy corta
o de un hambre muy larga. No se supo.

Lo cierto es que por fin quedó callado
con su pequeña cara indiferente
a los postreros gritos de su madre.
(Ahora le llamaba gloria mía,
jirón de mis entrañas, mi cordero.).
Quedóse tan callado, tan callado,
que casi daba miedo. Tan inmóvil

que todas las vecinas murmuraban
señor, señor, moviendo la cabeza,
y el padre resoplaba como un bruto
mirándose la punta de las botas.

Y nadie se dio cuenta del milagro.
Ninguno se enteró cuando un arcángel,
el más bello cantor del Paraíso,
el que cantaba hosannas y aleluyas
con acento más dulce,
entró en la casa y se inclinó hacia el muerto.
Con purísimos óleos
santificó sus labios y su lengua;
y con la punta de los dedos
le dibujó una cruz sobre la boca.
Para que al fin tuviera su sonrisa de niño
y pudiera entrar limpio en el reino del Padre.

3173
7876
316

CANTO RABIOSO DE AMOR A ESPAÑA
EN SU BELLEZA

Con los ojos cerrados,
con los puños cerrados, con la boca
cerrada, España, canto tu belleza:
Y con la pluma ardiendo y con la pluma
loca de amor rabioso canto y firmo!

Belleza sobre ti y en tus entrañas
de miel y de granito, y en tu cielo,
y en tus encadenadas cordilleras
y en tus encadenados hombres, canto.

De siglo en siglo en olas y torrentes
de barro ibero, en sucesivas olas
de tierras y metales agregados,
de frutos madurados poco a poco
bajo tu fiero sol, me vienes, madre.

Me viene tu belleza tierna y dura,
 tu corazón rodando enamorado
 hasta embestirme, hasta llenarme toda,
 hasta romperme el miedo y la corteza.

De siglo en siglo con tus ríos dulces,
 puertos alegres, míticas ciudades,
 piedras labradas, torreones, claustros,
 palacios, catedrales y conventos,
 pueblos de tierra, cementerios míseros,
 huertos, jardines, patios y zaguanes,
 Cristos sangrientos, sonrosadas Vírgenes,
 lanzas y escudos, cálices y códices;
 de siglo en siglo con cincel y gubia,
 con mística y ascética y pinceles,
 con el arado, el yunque y el martillo,
 la pluma y los telares, me has llegado.
 De sueño en sueño con palmeras y agua,
 con limoneros, nardos y arrayanes,
 vino y almendra, música y aceite;
 de mar a mar, al remo y a la vela,
 con sal y caracolas, con pescados,
 playas doradas, ásperos cantiles;

de tierra en tierra con praderas húmedas,
 sierras nevadas, florecidos valles,
 pardas llanuras, parameras ásperas,
 cierzos helados, delicadas brisas
 oliendo a los tomillos de tu aliento,
 de siglo en siglo me has llegado, España.

Tú me has parido y hecho y traspasado
 de dicha y de dolor hasta los huesos
 con tu belleza que se clava y ciñe
 como un cilicio rojo en mi cintura
 y hace subir mi sangre a borbotones
 entre garganta y verso para ahogarme
 de amor rabioso, de vergüenza sorda,
 de amor, de amor, de amor, de amor rabioso.

Porque eres bella España y agonizas
 bajo mis pies, herida en tus cimientos.
 Porque te veo andando entre zarzales
 por todos los caminos rezagada
 con una cruz al cuello y otra al hombro,
 durmiendo en las cunetas de la gloria
 para soñar perdidas carabelas

con ojos anegados de ceniza.
Porque te veo escuálida y desnuda,
comiendo el pan moreno de tu vientre,
bebiéndote el gazpacho de tu sangre,
desposeída de oros y de espadas,
borracha en copas, vapuleada en bastos,
por todos malcomprada y malvendida,
pordioseando impúdica en la puerta
de la opulenta Catedral del Mundo.
Porque te veo presa entre cadenas,
viuda, asesina y mártir de tus hijos,
a mil años y un día condenada.

Porque eres bella, España, y te me mueres
porque eres mía, España, y no te absuelvo
del mal de España, canto tu belleza
y fecho y firmo a corazón parado,
boca cerrada y apretados puños,
clavándome la lengua con los dientes,
porque no quiero blasfemar tu nombre.

HOMBRE NACIENTE

3173
7575
316

SAN POETA LABRADOR

Yo era poeta labrador.
Mi campo era amarillo y áspero;
Todos los días yo sudaba
y lloraba para ablandarlo.
Tras de los bueyes, lentos, firmes,
iba la reja de mi arado.
Mis surcos eran largos, hondos.
(Mis versos eran hondos, largos.)
Por el otoño lo sembraba
sin desmayar, año tras año.
Iba un puñado de belleza
por cada puñado de grano.
Y un puñadito de verdad.
(Esto sin que lo viera el amo.)

Por San Poeta Labrador,
a mediados del mes de mayo.

cuando en la Iglesia Catedral
 arden las velas del milagro,
 me arrodillé sobre la piedra
 antes de que cantara el gallo
 y estuve así rezando que rezaba,
 la frente humilde, en cruz los brazos.
 A Dios el Padre, a Dios el Hijo
 y a Dios el Espíritu Santo,
 con toda urgencia les pedía
 que nos echaran una mano.
 Pedía por todos los buenos,
 por los que dicen que son malos.
 Por los sordos con buen oído
 y por los ciegos de ojos sanos.
 Por los soldados de plomo
 y por el plomo de los soldados.
 Por los de estómago vacío
 y por los curados de espanto.
 Por los niños de culo al aire
 y las niñas de ojos pasmados.
 Por las madres de pechos secos
 y por los abuelos borrachos
 Por los caídos en la nieve,

por los quemados del verano,
 por los que duermen en la cárcel,
 por los que velan en el páramo,
 por los que gritan a los vientos,
 por los que callan asustados,
 por los que tienen sed y esperan
 y por los desesperanzados.
 Ardientemente, largas horas,
 estuve así, pidiendo, orando.

Con las rodillas desolladas,
 sabor a incienso entre mis labios,
 yo, San Poeta Labrador,
 cuando ya el sol estaba en alto,
 salí en el nombre de Dios Padre,
 del Hijo y del Espíritu Santo,
 con ojos anchos de esperanza,
 salí al encuentro del milagro:
 (Angeles a la tarea
 sobre mi tierra arando, arando.
 Bajo la sombra de sus alas,
 altas espigas, rubio grano.

Pan de justicia para todos.
Amor y paz desenterrados.)

Miré. Miré. Los Angeles no estaban.
Inmóviles los bueyes, solo el campo.

Dejé secar la sangre en mis rodillas.
Miré de frente y empuñé el arado.

PUENTES

Estamos encerrados en la isla
(una islita de nada).

Nos dejaron aquí
hace ya mucho tiempo.
(Demasiado.)
Una isla rodeada de sombras
por todas partes.

Primero nos hicieron picadillo
y luego nos cargaron de cadenas
y luego nos volaron los puentes.
(Por si acaso.)

Eso resulta lo peor de todo
(digo yo)
que nos cortaran los puentes

y nos quedáramos tan solos
diez millones de muertos.

Algunos no lo pasan tan terrible.
Han trepado a una roca
(que les costó lo suyo)
y están al sol. Se sienten calentitos.
(Aún viéndose en los huesos, algo es algo.)
Otros recogen conchas, caracoles.
(Se encuentra siempre alguno
sonroso por dentro
como una oreja de muchacha.
Y, si uno se lo pone en el oído,
se oye rodar el mar. Eso consuela.)

Otros se empeñan en comer (glotones)
a pesar de estar muertos.
Les sale mal 'por' eso de los puentes.
(Ya dije que era lo peor de todo.)
Como ya no se importa...
Ellos erre que erre. Cómo sudan.
Todo el día cavando,
arrancando raíces (más amargas),

pescando en los charquitos (nadie pica),
subiéndose a los árboles
(y, lo que es fruta, como no la pinten),
cogiendo los lagartos por la cola.
(Los matan y los guisan. Porquería.)
Así pasan la muerte. ¡Qué trabajo!
Y luego, ¿para qué? Lo que yo digo:
Tanto penar para llenar el buche
un día y otro no. Vaya un negocio.

Mejor lo que hacen otros. Coleccionan
sellos (del interior, naturalmente),
o cuelgan estampitas por los muros
o cantan himnos a distintas voces
(A veces es molesto. Desafinan.)
o hacen sonetos a la primavera
(que no se ve, pero ellos, tan contentos.
Tratando con poetas, cualquier cosa.)

Los jóvenes lo pasan distraído
con eso del deporte.
Y dicen que no andamos mal del todo
de medios, delanteros y defensas.

No sé. Como no entiendo. Pero, al cabo,
para unos muertecitos sin ayuda
no es poco conseguir. Y nos da lustre.

Pero yo sigo con lo mío.
Lo que nos hace falta son los puentes.
Mientras no construyamos
los puentes otra vez y a toda costa,
siempre estaremos muertos y remuertos,
metidos en la isla
(esta asquerosa isla sin ventanas).
Sólo seremos unos tristes muertos
de mala muerte. No hay que darle vueltas.
Hay que hacer puentes (dale que le dale)
si no tenemos hierro,
cemento ni otras cosas,
con palos o con cañas. O suspiros.
(Hay uno de suspiros no sé dónde.)
O con los corazones disponibles,
que alguno quedará por muy difuntos
que estemos todos hace tantos años.

Por ellos nos iremos de la isla

para volver al mundo de los vivos,
de los que pisán tierra ventilada,
 limpia y fecunda (que la hay). Iremos
cruzando los abismos y los mares,
 las tapias, los desiertos, los torrentes,
 las estrechas aduanas,
 los campos alambrados (o con minas)
 y las praderas cenagosas
 pobladas de reptiles prehistóricos.

Lo estoy diciendo a gritos: Faltan puentes.
Lo principal de todo son los puentes.
(Colgantes, subterráneos, levadizos.)
Hagamos puentes, puentes, puentes.
Y no me escucha nadie.
Y así estamos.

3173
7575
316

CANCION DEL PAN ROBADO

Hermano de la hoz y de la trilla,
hermano del molino atareado,,
hermano con el pecho enrojecido
por el calor del horno, dime, hermano,
¿dónde está el pan que hiciste con fatiga?
¿En dónde está mi pan, que no lo alcanzo?
El pan que hiciste, para todos era,
Igual que tú lo haces, me lo ganó.
Con sangre, con sudor y golpe a golpe,
partiéndome los huesos, a destajo:
¿Por qué no está en mi casa? ¿Es el camino
tan largo de la espiga hasta mis labios?
Mis hijos piden pan y no lo tienen.
¿Dónde va el pan bien hecho y bien ganado?

Hermano nuestro de la mina
y del taller y del andamio,

hermano de los olivares
y de las redes del pescado,
el pan que cuecen nuestros hornos
para vosotros lo amasamos
pero, del trigo hasta la boca,
¡cuántos ladrones acechando!
Está el hocico de la hiena,
están las garras del milano,
están los buitres con su pico,
miles de dientes afilados.

Pongámonos mucho más cerca,
hagamos nudo con las manos;
hombro con hombro, pecho a pecho,
los corazones apretados.
Un solo cuerpo a la tarea,
un solo afán, un solo brazo.
Todas las frentes un sudor
y una canción para alegrarlo.
Entre hombre y hombre ni un resquicio
para el cuchillo más delgado.
Nadie podrá romper el nudo,
poner cadenas en los brazos.

No nos podrá morder el lobo.
No nos podrá partir el rayo.

El pan que salga de los hornos,
pan bien cocido y bien ganado,
será el pan nuestro cada día,
ni discutido ni menguado.

3/73
.7575
.516

VEINTE AÑOS

A mi hijo.

Muchachos, torres, álamos rectamente creciendo,
cuajando reciamente; modelándose firmes;
rompiendo las cortezas, desclavando ventanas.
Muchachos, hijos míos, a vuestros veinte años,
yo vieja, yo cansada, yo madre, me dirijo:

Al fin, tengo que hablaros, muchachos, hijos tocados de mi entraña, [dos nacidos en el fuego y en la sangre y la pólvora una noche sin sueño cuando mi hijo nació.
Nacía con vosotros, lloraba con vosotros un profético llanto sobre una tierra triste ya cebada de lágrimas; caía con vosotros en medio de la herida [dades de España, en los escombros de sus bellas ciudades para dormir un sueño de metralla sin pájaros en una frágil cuna que cercaban las hienas.

Hoy he de hablaros, hijos, porque tenéis veinte
 [años,
 la frente ya muy lejos del suelo, el pulso ardiente,
 los ojos y los sueños poblados de muchachas, [te,
 y las mejillas ásperas y los pies decididos.
 (Yo sola sé, no importa, que aún queda una
 [blandura,
 un dulce olor de madre que os ciñe la garganta.
 Pero qué bellas manos, tan de hombre ya, tan
 [hechas,
 tan ávidas, tan duras. Y tan nuevas y limpias.)
 No puedo esperar más. Porque ya es hora
 de que sepáis. Y yo voy a morirme,
 voy a morirme cualquier día, . . .
 De aquello (y de callarlo) y de esto (y de decirlo)
 y de mi corazón atragantado,
 a fuerza de penosas digestiones,
 tabletas de aspirina y coca-cola,
 aire acondicionado por las calles,
 hambre en la tierra y Dios en las alturas.
 Podéis creer que lo he pensado mucho,
 que lo he llorado mucho antes de hablaros.

Han sido largos años de morderse
 los puños y la lengua, mucho tiempo
 de comulgar con ruedas de molino,
 de comulgar con ruedas de poesía
 a diario y a sabiendas. Tantas penas,
 tantas jornadas fueron necesarias
 acumulando sangre gota a gota,
 para lograr exacta la medida
 de un hombre y ver colmada su estatura.
 Ya estáis aquí. Mirándoos, amanece
 sobre las aguas del dolor antiguo.

No, no os diré de aquello: (la ignominia,
 la destrucción, la muerte), cuando observo
 el puro resplandor de vuestras manos.
 No, no os diré del odio y la venganza.
 De cada niño muerto aquella noche
 no renació ningún fusil con ojos.
 Salieron vuestras manos, esas manos
 con uñas y con palmas tan viriles.

Ponedlas a la obra. Alegremente.
 Tomad en ellas pronto la herramienta,

que es mucha la labor y es vuestra hora.
 Las manos de los jóvenes del mundo
 están alzando a pulso las montañas.
 Uníos. Trabajad hombro con hombro.
 Mirad hacia adelante. Haced camino.
 Las sendas enlodadas ya no sirven.
 Dejad que las podridas estructuras
 se caigan sobre el débil y el cobarde.
 Muera el chacal, la zorra, el cuervo, el buitre,
 si os salen al encuentro y os detienen.
 Arrinconad banderas desteñidas,
 los libros de la Historia apolillados,
 las bellas etiquetas de colores
 de tantos analgésicos. Quitaos
 el plomo que os cayó sobre las cejas.

Dejadlo todo atrás. Para nosotros
 quedó la infamia, el látigo, el grillete.
 Nosotros ya secamos nuestras venas,
 quemamos nuestros pies y nuestras manos
 y hay demasiada hiel en nuestras bocas.

Vosotros, no. Vosotros, adelante.

Tenéis la mano a punto y la esperanza.
 Inaugurad el tiempo de la viña,
 del pan y de la miel y la paloma.
 Pronto: sumad esfuerzos al esfuerzo,
 vida a la vida. Fecundad la tierra,
 andad el mar, volad sobre la nube.
 Pasad sobre las ruinas. Olvidadnos
 si, muertos, enterramos nuestros muertos.
 Sed sanos, libres, justos y tenaces.
 Labrad, edificad, haced España.
 España en paz y en gracia de trabajo.
 España a hechura y semejanza vuestra,
 nacida limpia, madurada al viento,
 muchachos, hijos míos, ya tan hombres,
 los que cumplís veinte años este día.

3173
7875
• 316

E

HOMBRE NACIENTE

Pido la paz y la palabra.

BLAS DE OTERO

obento

obento

Prepárame una cuna de madera inocente
y pon báñadera blanca sobre su cabecera:

Voy a nacer. Y, desde tí, mi madre,
pido la paz y pido la palabra.

Pido una tierra sin metralla, enjuta
de llanto y sangre, limpia de cenizas,
libre de escobijos. Saneada tierra
para sembrar a pulso la simiente
que tengo entre mis dedos apretada.

Pido la paz y la palabra. Pido
un aire sosegado, un cielo dulce,
un mar alegre, un mapa sin fronteras,
una argamasa de sudor caliente
sobre las cicatrices y fisuras.

Pido la paz y pido a mis hermanos
 los hijos de mujer por todo el mundo
 que escuchen esta voz y se apresuren.
 Que se levanten al rayar el día
 y vayan al más próximo arroyuelo.
 Laven allí sus manos y su boca,
 se quiten los gusanos de las uñas,
 saquen su corazón que le dé el aire,
 expurguen sus cabellos de serpientes
 y apaguen la codicia de sus ojos.

Después, que vengan a nacer conmigo.
 Haremos entre todos cuenta nueva.
 Quiero vivir. Lo exijo por derecho.
 Pido la paz y entrego la esperanza.

Madrid, 1953-57

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
PALABRAS	7
BELLEZA CRUEL	13
Niño con rosas	21
Miedo	27
El cielo	31
La rosa incómoda	37
Sólo ante el hombre	43
CASO ACUSATIVO	47
Si no has muerto un instante	49
Libertad	53
Guerra	59
Balance	65
Etcétera	71
Carta abierta	75
La justicia de los ángeles	81
Canto rabioso de amor a España en su belleza	95
HOMBRE NACIENTE	101
San Poeta Labrador	103
Puentes	109
Canción del pan robado	117
Veinte años	123
Hombre naciente	131

Esta edición, que consta de 3,000 ejemplares, se acabó de imprimir el día 31 de julio de 1958 en los talleres tipográficos de la IMPRENTA NUEVO MUNDO, S. A., calle de Alemania 8 al 14. México 21, D. F.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Martín Luis Guzmán: EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE.—LA SOMBRA DEL CAUDILLO.—JAVIER MINA.—MEMORIAS DE PANCHO VILLA.—LA QUERELLA DE MÉXICO, A ORILLAS DEL HUDSON Y OTRAS PÁGINAS.—ISLAS MARÍAS.—TRES NOVELAS CORTAS Y OTROS RELATOS.—DESDE ESPAÑA (Crónicas de la emigración).—DESDE FRANCIA (Crónicas de la emigración).—MIS CONTIENDAS LIBERALES.—MUERTES HISTÓRICAS.

R. Blanco Moheno: CUANDO CÁRDENAS NOS DIO LA TIERRA.
Josefina Vicens: EL LIBRO VACÍO.
Sergio Fernández: LOS SIGNOS PERDIDOS.

Victoriano Crémér: LIBRO DE CAÍN.
Angela Figuera Aymerich: BELLEZA CRUELA (POESÍAS).
Artemio de Valle-Arizpe: GREGORIO LÓPEZ.—EL PALACIO NACIONAL.—POR LA VIEJA CALZADA DE TLACOPAN.—HISTORIA, TRADICIONES Y LEYENDAS DE CALLES DE MÉXICO.

F. Rojas González: LA NEGRA ANGUSTIA.
Luis Enrique Erro: LOS PIES DESCALZOS.

W. H. Prescott: HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO.—HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.—HISTORIA DE LOS REYES CATÓlicos.

Alejandro de Humboldt: ENSAYO POLÍTICO SOBRE EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA.
Porfirio Barba-Jacob: POEMAS INTEMORALES.

José Valenzuela: EL PARAÍSO DE LEDA PERCINING.
Alejo Carpentier: GUERRA DEL TIEMPO.

C. Cocciaoli: FABRIZIO LUPO.—UNA HISTORIA DE JÓVENES.—MANUEL EL MEXICANO.—EL CIELO Y LA TIERRA.—EL VALLE DE DIOS.—LA CIUDAD Y LA SANGRE.—LA DIFÍCIL ESPERANZA.

B. Traven: CANASTA DE CUENTOS MEXICANOS.—LA REBELIÓN DE LOS COLGADOS.—PUENTE EN LA SELVA.—LA CARRERA.—EL TESORO DE LA SIERRA MADRE.—GOBIERNO.—LA ROSA BLanca.—EL BARCO DE LA MUERTE.

H. Hesse: EL LOBO ESTEPARIO.—DEMIAN.
M. Pumarega: FRASES CÉLEBRES DE HOMBRES CÉLEBRES.
Romain Rolland: JUAN CRISTÓBAL.

F. M. Torner: CREADORES DE LA IMAGEN HISTÓRICA DE MÉXICO.

R. Vega González: CADETES MEXICANOS EN LA GUERRA DE ESPAÑA.
J. Gomis Soler: CRUCES SIN CRISTO.

Stendhal: DEL AMOR.
W. Brown: INTRODUCCIÓN AL ASESINATO.
Homero: LA ILÍADA.—LA ODISEA.

Virgilio: LA ENEIDA.
Nevins y Commager: BREVE HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS DE NORTEAMÉRICA.
LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE (*Ilustrada*).
MEMORIAS DE JACOB CASANOVA.

H. Shipp: CRÉENCIAS QUE HAN MOVIDO AL MUNDO.—VIDAS QUE HAN MOVIDO AL MUNDO.—LIBROS QUE HAN MOVIDO AL MUNDO.—IDEAS QUE HAN MOVIDO AL MUNDO.

Edmundo Rostand: CYRANO DE BERGERAC.
Boccaccio: EL DECAMERÓN.

Bruno Weil: EL PROCESO DREYFUS.
E. Renán: RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD.—VIDA DE JESÚS.

B. Farrington y otros: FILOSOFÍA DEL FUTURO.
E. M. Remarque: SIN NOVEDAD EN EL FRENTE.

Ernesto Glaeser: LOS QUE TENÍAMOS DOCE AÑOS.
D. W. Cory: EL HOMOSEXUAL EN NORTEAMÉRICA.

Robert Amadou: EL OCULTISMO.
Sigmund Spaeth: LAS GRANDES SINFONÍAS.

Élisée Reclus: HISTORIA DE UN ARROYO.
L. Frau Ábrines: DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ABREVIA-

DO DE LA MASONERÍA.
Enrique Barbusse: EL INFIERNO.

BIOGRAFIAS

E. Rousseau: MIRABEAU.—*E. M. Caro:* JORGE SAND.—*G. Lanson:* VOLTAIRE.—*Isadora Duncan:* MI VIDA.—*A. Chyquet:* ROUSSEAU.—*A. Doderei:* DANTE.—*Klabund:* LOS BORGIAS.—*León Trotsky:* MI VIDA.

Princeton University Library

32101 055059362

3173.7575.316
Figuera Aymerich
Belleza cruel

DATE ISSUED DATE DUE DATE ISSUED DATE DUE

JUN 15 2016